

por un bando u otro, sobre todo después de la llegada de Blasco Núñez Vela y el intento de aplicar las Leyes Nuevas, con perjuicio para muchos encomenderos.

Después se puede observar un apéndice en el que el autor comenta y contextualiza los principales cronistas utilizados, la bibliografía y un índice analítico donde se referencian todos los nombres de los personajes que aparecen en la obra y se indica si fueron pizarristas o bien siguieron a Diego de Almagro (padre o hijo), si secundaron el levantamiento de Gonzalo Pizarro o si, en cambio, apoyaron a las tropas realistas.

Sin duda alguna, la lectura de esta obra aporta datos muy útiles que amplían el conocimiento y la comprensión de determinadas fases de la invasión del Tahuantinsuyo y de las Guerras Civiles.

También considero importante señalar que la lectura de esta obra no puede dejar indiferente a nadie porque, mediante una narración excelsa, este libro brinda descripciones muy completas de algunos episodios atroces que se vivieron a lo largo de la conquista de las Indias, al tiempo que hace hincapié en el precio en sangre que tuvieron la conquista y colonización.

David Tella Ruiz
Universidad de Barcelona, España

Ibáñez, Carmen. *Consecuencias políticas de la migración interna en Bolivia.* Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2019, 298 págs.

Escribir esta reseña del libro de Carmen Ibáñez, la publicación de su tesis doctoral con el mismo título, es como escribir una necrología del Estado boliviano que fue y una vista a lo que puede venir en los próximos meses.

Este libro es uno de los trabajos que se enmarcan dentro de las innovadoras perspectivas que provienen de Bolivia en los últimos años, y que han enriquecido el debate académico de una manera importante, pues este debate está relacionado de manera indisociable con las luchas políticas. Son las actividades políticas que influyeron inmediatamente en la producción académica, y viceversa, es la producción académica que interviene en la política; y es precisamente en este punto de encuentro donde se ubica la presente publicación.

Es difícil imaginar que el tema de la migración interna en Bolivia sea una cuestión tan poco trabajada en este país, que ha sufrido y sigue sufriendo de la migración externa de sus ciudadanos. Esta problemática nos abre toda una nueva visión integral y amplia de la sociedad boliviana, con sus realidades complejas y sus dinámicas internas, características que de igual manera trascienden las fronteras nacionales. El contexto histórico en que están situadas las migraciones internas está marcado por la crisis económica de 1985, que el Estado boliviano quería superar mediante un paquete de reformas que entregaron el país a la economía de libre mercado. El cierre de empresas estatales, sobre todo de las minas, y el despido de miles de trabajadores, otra vez sobre todo de los mineros,

preparaba el camino a su «relocalización», término con el que infamemente se denominó a los procesos de migraciones forzadas a las capitales, como Santa Cruz y Tarija, a ciudades satélites, como El Alto, o a las regiones de colonización, como el Chapare. Estos espacios se transformaron no solo en lugares de sobrevivencia y reproducción sociocultural, sino también en zonas de construcción de nuevas formas comunitarias, desde las cuales surgieron los nuevos actores políticos que la autora enfoca.

La autora escoge la ciudad de Tarija como análisis de caso y, apoyándose en Pierre Bourdieu, analiza la producción de un *habitus*, que se forma en los barrios, los espacios en que se funden los ámbitos de la mina, de la fábrica, de la comunidad rural como el nuevo lugar de los actores políticos que se basan en las redes sociales. Es en estos espacios donde se forman nuevas alianzas entre los inmigrantes de las Tierras Altas del país y las clases subalternas de la misma ciudad. Una alianza que se mantiene siempre hasta que interviene el *tema étnico*.

Paralelamente, la autora analiza el discurso hegemónico antimigración de las élites de Tarija, que se construye tanto desde los espacios públicos, como desde una identidad colectiva alejada del carácter indígena con el que se identificaba a la Bolivia del Gobierno de Evo Morales.

Así se entiende, porque ella escoge las clases sociales y lo étnico como ejes de su trabajo. Precisamente en Bolivia, «etnicidad» es un término con el que no solo se denomina a los grupos poblacionales, sino que además sirve para *ejecutar poder*, tanto desde arriba como desde abajo, hablando socialmente, así como desde la academia y desde la política. Eso, en un país donde la mayoría de la población se autodenomina indígena —es uno de los países más indígenas entre los países latinoamericanos—, explica la fuerza explosiva que pueden tomar las políticas etnizadas en constelaciones hegemónicas de poder, donde se asigna lo étnico a los otros, nunca a los «blancos» (sobre el uso de esta categoría, véase la pág. 130 de su libro).

Carmen Ibáñez nos da una comprensión profunda en la historia política y social de Tarija que al mismo tiempo es la historia de Bolivia misma. Aprendemos que «cada una de las diferentes clases sociales en Bolivia tiene sus “indios” y sus “señores”, como una especie de mito que permite legitimar el ascenso social» (pág. 21). Esas «clases» se distinguen por «evidencias sutiles», como dice la autora, aparentemente no importantes, «como la afección por la gordura, los gustos musicales, la manera de comer y de beber, el uso que se le da a la hoja de coca, etc.» (ibídem). Ante ello, cómo no pensar en las «distinciones sutiles» de Pierre Bourdieu, pero aplicadas a una realidad diferente. Esas «evidencias» o «distinciones» no son simplemente elementos «culturales» que hacen la diferencia entre «grupos». Al hablar de «evidencias sutiles», la autora nos muestra que no tiene sentido la compartimentación de la sociedad, del mundo, de la vida, en grupos étnicos o en cualquier otro tipo de diferenciación culturalista. Antes bien, ella opta por lo social. Por lo tanto, se basa en Bourdieu al aplicar su concepto del capital social como «herramienta teórica» (pág. 25), que permite, a los individuos y a los llamados cholos, indias, birlochas, jailones, ricachos, tatitas, chojchos, chocos, gringos y otros muchos (pág. 21), transformar sus realidades en los procesos migratorios y, sobre todo, en los ámbitos políticos. Por supuesto,

aquellas no son las categorías que encontramos entre las opciones de los censos en Bolivia.

En una escala social, cada una de estas denominaciones de estatus se nutre de lo simbólico de sus gustos «bárbaros», en contraposición con los «puros», de sus estéticas «populares», en el sentido estético de la distinción (según Bourdieu), en sus lugares bien asignados, los mismos que están transgrediendo en los procesos de migración y en los ámbitos políticos.

Entre las denominaciones de estatus, la autora nombra al «indio», a la «india», de una manera nueva y multifacética, sobre todo en su sentido político, ya que «indio» denomina a un nuevo actor social y político en la escena, cuya procedencia es indicada. De esta manera, «indio»/«india» gana una fuerza política activista desde abajo, que no forma grupo étnico alguno, sino que se presenta como actor político. Así se entiende por qué «indio» no figuró entre las categorías que ofrecían los últimos censos. Se trata de una construcción grupal desde abajo. Y es cierto que por este juego ambivalente entre la discriminación y la autodeclaración de pertenencia, cuya descripción y reflexión maneja la autora, nadie puede referirse a sí mismo con el término que no le corresponde. Ese es el trasfondo en el que podemos ubicar a la autora, precisamente porque sabemos que en ciertos contextos políticos o de intercambio académico ella misma se denomina así. Carmen Ibáñez es tanto activista como académica. Desde ese posicionamiento, ella escribe sobre la migración interna en Bolivia y sus consecuencias, que desembocaron en procesos políticos que han transformado el país profundamente.

Este estudio sociológico y de ciencias políticas también se puede entender como un estudio etnográfico, en el mejor sentido de la palabra. Siempre y en cada uno de los espacios en que está actuando en una o varias de esas identidades al mismo tiempo, la autora (socióloga, activista-«india», politóloga, madre) es la observadora participante. La observación participante es toda la vida y, junto con las entrevistas que ha llevado a cabo entre 2005 y 2014, la base de su análisis. Sus experiencias entran, somborean y colorean sus análisis en este libro. Esta etnografía es lo que hace que esta obra sea tan especial, pues en ella el yo juega un rol fundamental y muy necesario. De esta manera, este libro rompe con las fronteras entre las disciplinas.

Finalmente agregaré que, con el enfoque del «capital social» de Bourdieu, la autora logra elaborar la conversión de este «equipamiento» de los inmigrantes internos de Bolivia en «un dispositivo de participación política» para crear una «sociedad más fuerte», no solo para superar la pobreza, sino también para reforzar la sociedad civil, de modo que los sectores marginados participen más allá de su función como votantes (pág. 263). Veremos cómo reacciona la sociedad civil boliviana ante los grandes retos que significan los próximos meses para su país.

Karoline Noack
Universidad de Bonn, Alemania